

RUBÉN DARÍO (B.)
**EL SAPO
DE ORO**

Pedro Alfonso Morales

**Los descendientes
consanguíneos y
literarios de Rubén Darío**



Colección: Ensayo

Los descendientes consanguíneos y literarios de Rubén Darío

Pedro Alfonso Morales

(Ensayo escrito en el año 2010 y leído como ponencia en el Primer Ciclo Internacional Dariano, realizado en León, Nicaragua, el 18 y 19 de enero de 2012. Originalmente publicado en Mis Notas del Facebook del autor, el 17 de enero de 2012).

(Ensayo)

A principios del 2010, mi amiga María Elena Mendoza, me llevó un hermoso regalo: un paquete de libros viejitos y admirables. «Allá los están botando, pero creo que a usted le servirán. Por eso se los traigo». Entre el paquete apareció un libro pequeño, casi un folleto de 40 páginas, amarillento, titulado *Los Conquistadores*, firmado por Rubén Darío III, con dibujos del mismo autor, y editado por Ediciones Universal de San José Costa Rica en 1967.

La firma del libro llamó mi atención, pues se trataba del nieto de Félix Rubén García Sarmiento, nuestro Rubén Darío I, el fundador del Modernismo, el más grande de Nicaragua y de América Latina. La curiosidad me animó a emprender un viaje en la investigación sobre los creadores de su propia sangre, ya por linaje y herencia, ya porque los descendientes del tigre deben ser muy rayados. Y como escribe *La Prensa* de Buenos Aires, para juzgar sus obras hay que apartarse de las odiosas comparaciones con el hijo de Metapa.

Los descendientes consanguíneos y literarios de Rubén Darío, tal vez guiados por la sangre cultural del padre del modernismo, quizás animados por la herencia espiritual del poeta, acaso llevados por la fuerza de la tradición literaria del amante de los cisnes, que abarcó no solo a su descendencia, sino a todos los nicaragüenses y el mundo en general, escribieron poesía y prosa para afirmar su identidad cultural rubendariana.

Ellos quizás debían continuar –aunque nada los obligaba– con una tradición consanguínea y literaria del tronco común: tales son los casos de los poetas Rubén Darío Contreras, el hijo, Rubén Darío Basualdo, el nieto, y Martha Eloísa Darío Lacayo, la bisnieta.

*

Rubén Álvaro Darío Contreras, hijo de Rubén Darío y Rafaela Contreras, nació en San José, Costa Rica el 11 de noviembre de 1891 y dos meses después, al morir su madre a los 23 años, durante una intervención quirúrgica, el 26 de enero de 1893, el niño quedará a cargo de la hermana, Julia Contreras, casada con el banquero, Ricardo Trigueros.

Por esta razón, se firmaba Rubén Trigueros o Rubén Darío Trigueros, pues hasta los 18 años, cuando lo conoció en España, supo que Rubén era su padre. Después de la muerte de su padre en 1916, ya médico, se fue a la Argentina, donde conoce a Eloísa Basualdo con quien se casa y procrearon a Stella Teresa, Eloísa Virginia y Rubén Ricardo Darío Basualdo.

Rubén Darío Contreras fue pianista y ofreció varios conciertos y además de diplomático, ejerció su profesión de médico en el hospital de la Patagonia. También hablaba varios idiomas, incluso el japonés, e hizo traducciones de *El cuervo y otros poemas* de Edgar Allan Poe. Murió en Argentina en 1968.

Rubén Darío Contreras escribió varios libros entre los que se cuentan: *El sapo de oro*, La Novela Semanal, 1919, Buenos Aires; *La amargura de la Patagonia*, novela, Colección Espejo del Mundo, Nova, 1950, Buenos Aires; *El manto de Ñangasasú*, novela, S.A.C.D.I.C. Editores, 1958, Buenos Aires; *Edén Cuscatleco*, primera parte de una serie de evocaciones sobre Centroamérica, Editores: Instituto Cultural Argentino Centroamericano, Buenos Aires, 1952; *Cerebros y Corazones*, bosquejos biográficos, Nova, 1948; *En busca del alba* y el poemario

Wakonda. De *El sapo de oro*, una de sus novelas, leemos:

Darío se muestra como uno de esos autores capaz de disentir intensamente el sabor de lo auténticamente regional, y verterlo con espontaneidad en una novela extraordinariamente fértil en situaciones dramáticas y cuadros costumbristas. *El sapo de oro* que según confiesa el autor es la imagen ampliada de un cuento creado hace años con el mismo título, es la historia y la pasión de dos culturas que, a través de los siglos, siguen considerándose mutuamente antagónicas y conservan en su esencia una compleja gama de mitos, características y creencias que las diferencian profundamente.

Darío narra la historia del «sapo de oro», que oculto en las entrañas de la tierra, para protegerlo de la profanación de manos impuras y custodiado desde las más primitivas generaciones, excitó la codicia de los conquistadores hispanos y a través de los tiempos, enciende odios y ambiciones en todos aquellos que llegan a tener noticias sobre su destino. El autor, reputado escritor de y diplomático nicaragüense, quien ha representado a su país en varias naciones americanas y europeas, es además distinguido médico, profesor y periodista. En la presente novela, la trama, la caracterización de los distintos tipos psicológicos, el ambiente obsesionante de una sociedad cuyos integrantes se rechazan mutuamente, la pintura lujuriente de selvas, y llanuras centroamericanas, infunden interés a la descripción y al relato e imprimen un creciente suspenso al desarrollo de la acción¹.

La amargura de la Patagonia es otra de sus novelas que retrata su experiencia en esa zona cuando ejerció

¹ Fuente: <http://www.elaleph.com/libro-usado/El-sapo-de-oro-de-Ruben-Dario-h/8752764/>

la medicina. De esta novela, podemos leer el breve comentario:

Novela basada en la lucha de los primeros pioneros de la Patagonia; que contiene además de la descripción de la zona y su inclemente clima, acertados retratos psicológicos de los hombres y mujeres que para poblarla tuvieron que encarar una lucha cotidiana muchas veces exitosa pero también plagada de innumerables (dificultades). Rubén Darío (Hijo) nació, al igual que su ilustre padre, en Nicaragua, (Sic) pero en 1916 se radicó en la Argentina; donde tuvo una importante carrera como escritor. Fue autor de volúmenes de cuentos como «El sapo de oro»; de poesía como «Wakonda» y novelas como «El manto de Ñangasasú» y «Cadena sin fin». Para recabar datos a fin de escribir «La amargura de la Patagonia», Rubén Darío (h) residió un tiempo en esa región donde «la América se va afinando como una daga dispuesta a clavarse en el corazón del Antártico», según sus propias palabras².

Según Héctor Roberto Paruzzo, la trama de la obra se relaciona con tres inmigrantes: un gallego que mató al hijo de alguien importante por lo que huye de España y cambia su identidad; un francés de Marsella que se escapa del hogar paterno atraído por los mares; y un galés, veterinario que hace fortuna con la cría de lanas, pero por los precios bajos queda en la ruina por lo que emigra al nuevo mundo y llega a la Patagonia. El destino junta a los tres y se une un cuarto que es un médico que sin dudas es el propio autor que ejerció la medicina en esa zona. A través de los cuatro personajes Rubén Darío Contreras presenta un panorama sombrío, amargo sobre la corrupción de la vida política, caudillismo prepotente y testaferros, que se convierte en una denuncia

² Fuente: <http://www.literasur.com.ar/biblioteca-patagonica/narrativa/libros.htm>

social, un retrato de los paisajes de la Patagonia del siglo XX.

Bitroche es algo menos que una aldea: un caserío de ciento cincuenta a doscientas almas, que se encuentra enclavado en plena precordillera andina. Durante la última parte de la primavera y todos los meses del verano existen vías de comunicación bastante buenas, tanto desde Río Gallegos como de Santa Cruz, Poncial y Coyle; pero en la época de los fríos intensos y sobre todo en aquellos años en que se producen grandes nevadas, los pobladores de la región quedan casi aislados del resto del mundo. Su único medio de comunicación es el tránsito a lomo de caballo, y aún eso sólo en condiciones muy favorables.

Las gélidas mesetas que los lugareños llaman pampa, las quebradas, los hondos cañadones de la Patagonia bastarían para imponerle espanto a cualquier hombre no muy acostumbrado a aquel ambiente. Vivir en la costa es cosa dura. Establecerse en la precordillera es algo digno de los más bravos personajes de la mitología pagana. ¡Con razón hay quienes sienten que sus fuerzas flaquean ante la sola contemplación de la inmensa muralla andina! Y por eso transcurrirán siglos y el mundo seguirá dominado por el asombro ante la hazaña del Gral. José de San Martín, cuando marchó al frente de aquellos, sus soldados con temple de leones y resistencia de osos para ejecutar su inmortal epopeya libertadora.

La crueldad de la nieve y la escarcha es tal allá en el inhóspito sur que no bastan años ni lustros de vida para que el hombre se considere amo de tan crueles elementos. Los pobladores más audaces vacilan antes de aventurarse a recorrer en automóvil los

interminables y solitarios caminos. El inflexible Padre Invierno siempre está dispuesto a segar la vida de los demasiado audaces. Un loco o un ignorante podrá manifestarse con voluntad para desafiar a la nieve; un hombre cuerdo jamás se mostrará deseoso de salir de los pueblos para internarse en busca de los minúsculos centros de población próximos a la cordillera de los Andes. Quienes tientan fortuna en semejante aventura lo hacen impelidos por necesidades extremas³.

El manto de Ñangasasú (1958), otra de sus novelas, tal vez desconocida para nosotros y sobre la cual Paruzzo establece ciertas similitudes con una obra de Mario Vargas Llosa y una película de Nicholson. Paruzzo escribe en su estudio sobre esta obra de Darío Contreras:

Su tema es simple, pero de alto voltaje, ya que es una situación que, desde la época de los romanos, para no irnos hasta los espartanos, ha afectado a la vida militar. El del famoso 'honor' en cuyas aras se han sacrificado a víctimas inocentes muchas veces. Valga el caso del Colegio «Leoncio Prado», de Lima, narrado por Vargas Llosa en su primera novela, «La ciudad y los perros», y que fuera quemada en el patio de la misma Institución.

O el que muestra la película «Cuestión de honor», con Jack Nicholson, Demi Moore y Tom Cruise, en donde al tema del honor también se agrega, como siempre pasa en EE.UU., el de la Seguridad Nacional. El argumento muy sencillo y lineal, aunque de sostenido dramatismo, trata de un seminario o colegio militar donde se educan los futuros sacerdotes guerreros de Palán Alán. La acción transcurre durante la primera época de la conquista

³ Parazzu, Héctor R., *El manto de Ñangasasú* de Rubén Darío (hijo):
<http://www.futurosperiodistas.com/rubendario83.asp>

de los españoles de la región de Centro América después de la caída del Imperio Azteca, en una región indeterminada, si bien parece situarse en Guatemala⁴.

Héctor Roberto Paruzzo nos ofrece una muestra de la obra para que observemos el trabajo literario de Rubén Darío Contreras, a través del cual describe la presencia de una variedad de árboles muy conocidos como los zapotes, los icacos, las papayas, la guanábana, el coco, un «magro gigante vegetal»:

Allá iba, pues, la Leona, con el ruido de sus delgadas láminas de cuero sostenidas por rústicas correas, sembrando en la inmensidad del lugar la sinfonía ejecutada por sus caites: ‘ras... ras... ras’, sin que jamás el ritmo se modificara y sin que las pisadas fueran unas más fuertes que otras. La impulsaba el afán de llegar hasta Chinoitán, apoderarse del manto que habría de salvar a los seminaristas inocentes, cumplir el mandato de lo que podía considerar como su conciencia de madre, y una vez más andar y desandar el largo trecho para devolver el manto, cuando ya éste hubiera cumplido la misión que de él se exigía. Desde la choza hasta el lugar en donde el pequeño poblado a Palán Alán se convertía en mero recuerdo, mediaba una distancia de acaso uno o dos leguas.

Allá quedaban los manglares de ancha copa, las manzanas-rosas que embalsamaban el ambiente con algo más dulce que los sándalos de oriente; los zapotes amarillentos en sus zapoteros de anchas hojas y abundante sombra que invitaba al reposo, los icacos de escasas ramas, la papaya que con su ridículo penacho de hojas verdes no protegería sino la cabeza de alguna jirafa que por arte de magia

⁴ Ibidem.

llegara de otros mundos, la guanábana de ácidos zumos y agradable sabor, el fortificante mamey; el coco con su agua perfumada y siempre dulce, magro gigante vegetal que, a pesar de todo, se niega a ofrecer sombras a los caminantes; el coyol, el güiscoyol, dátíl en cierto modo semejante a los que crecieron desde siglos antes de Cristo en los desiertos africanos o en la península arábica. Y la mujer seguía con sus ‘ras...ras...ras’, sin más guía, sin más faro luminoso que la esperanza de hallarse cuanto antes en Chinoitán...

La leona se detenía de cuando en cuando, no para recuperar el aliento, que en ningún momento había perdido, sino para escuchar, para ver si descubría algún signo que revelara la presencia de los enemigos del hombre: el pérfido coyote que ataca en bandadas, el solitario leopardo de garras bien afiladas y colmillos como cuchillos, el búho agorero, la serpiente traicionera que no anuncia su presencia sino cuando ya se dispone a matar, a emponzoñar, a ser dueña de la superficie del planeta mediante la inyección de sus venenos mortíferos; la danta que no acosa pero que, como el jabalí, sabe defenderse en cuestión de segundos; el quebrantahuesos, el rey-zope que deja que los otros maten para luego participar él en el festín cuando llegue el momento de quitar al esqueleto la túnica de carne que el omnipotente le ha dado a guisa de cobija protectora; el insecto agresivo, llámese zancudo o mosca o totolocuíl; el miriapodo que con sus innumerables patas pareciera anunciar a los hombres que la ponzoña que encierra en sus glándulas no tiene el valor de la unidad sino de la centena o el millar...⁵

*

⁵ Ibidem.

Rubén Darío Basualdo nació en Buenos Aires, Argentina, el 7 de mayo de 1922, hijo de Rubén Darío Contreras, primogénito de Félix Rubén García Sarmiento (Metapa, 18 de enero, 1867- León, 16 de enero, 1916) y de Rafaela Contreras Cañas (Costa Rica, 21 de mayo, 1869- San Salvador, 26 de enero, 1892). Según Jorge Eduardo Arrellano, Rafaela Contreras Cañas, era actriz, profesora, y sus obras publicadas en Guatemala, la convertirían «en la primera escritora modernista de Centroamérica»⁶. Y agrega Arellano: «Mientras tanto, Rafaelita —como era llamada por todos— intervino de quince años en una representación de ‘La Traviata’, de Giovanni Verdi en San Salvador y, para 1888 —de diecinueve— fue profesora de Geografía y calistenia en el Colegio Normal de Señoritas de la capital salvadoreña».

Y más adelante, escribe: «Un vago simbolismo idealista predomina en esas piezas narrativas: ‘Mira, la oriental’, ‘Reverie’, ‘La turquesa’, ‘Las ondinas’, ‘Humanzor’, y ‘La canción del invierno’, aunque en ‘Humanzor’ no falte la observación objetiva y la crítica social; de hecho, con otras obras publicadas en Guatemala por su esposo, convertirían a Rafaela Contreras en la primera escritora modernista de Centroamérica».

Rubén Darío Basualdo o Rubén Darío III, el nieto, contrajo nupcias con la nicaragüense, María Martha Lacayo —hija de Gustavo Lacayo y Ernestina Rosales Cabezas— y procrearon cinco hijos: Martha Eloísa, Estela Regina, Rubén Martín, Karla Isabel y Sandra Eugenia. De todos los hermanos, solo Martha Eloísa, siguió la vena artística de su padre, su abuelo y su bisabuelo.

⁶ Véase Arellano, Jorge Eduardo, *Rafaelita Contreras, azucena tronchada por un fatal destino*, El Nuevo Diario, Managua, Nicaragua, domingo 31 de octubre de 2010, p12A.

Según el argentino, Héctor Roberto Paruzzo, autor de *Rubén Darío y Basualdo, el III de la Dinastía Dariana*,⁷ Rubén Darío III en 1952, se graduó de abogado y se especializó en Derecho Aeronáutico y Espacio, fue conferencista en universidades de Latinoamérica y España y por su gran labor «fue nombrado adjunto civil del Vicepresidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, con rango de embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Misión Especial».

Además, escribe, Paruzzo, fue «Presidente Honorario de la Sociedad Nicaragüense de Sofrología y Medicina Psicosomática, Miembro de la Federación Latinoamericana de Sofrología Clínica en Buenos Aires, Asesor Científico Internacional y Relator Oficial de los Congresos Internacionales de Hipnosis Clínica, Sofrología y Medicina Psicosomática, llevados a cabo en Buenos Aires en octubre de 1977 y en noviembre de 1983». Rubén Darío Basualdo con 72 años de edad falleció en Nicaragua en 1994.

En relación con las letras, Rubén Darío Basualdo, publicó su primer libro, titulado *Brumas y luces* en Argentina en 1943. Según una nota del diario *La Nación* de Buenos Aires de la época, recogida por los editores en otro de sus libros, señala que «este primer libro, inspirado y comunicativo, tiene en su espontaneidad juvenil uno de los rasgos más fuertes de su encanto: bruma y luz, como lo expresa el sentido inconfundible de su título...»⁸.

Una muestra es el poema en el cual expresa el dolor que absorbe su alma de la vida, peligros y quimeras que son nieblas y foscas de los sufrimientos, como

⁷ Véase Paruzzo, H. R. Rubén Darío y Basualdo, el III de la dinastía Dariana, <http://www.futurosperiodistas.com/rubendario>

⁸ Véase Darío III, Rubén, *Los conquistadores*, Ediciones Universal, San José, Costa Rica, 1967, p5.

tristeza, silencios y melancolías de lo vivido. En el poema hay un hondo sentir del yo lírico, de cosas espirituales y profundas, ásperas y oscuras que los seres humanos llevan en su discurrir cotidiano. Leamos:

Espinas que están hundidas
en la inmensidad del alma,
son ensueños que se esfuman
a la llegada del alba.

Mis tristezas son las sombras
que pululan en la nada,
son suspiros que en la noche
lleva inocente y callada.

El dolor silencioso de la pieza anterior, a través de la hipérbole se intensifica y se amplía en *Las doce*, otro de sus poemas, publicado en su segundo libro *Salutación a la primavera* —Argentina, 1946, prólogo de Enrique de Gandia e ilustración de su hermana Eloísa Virginia Darío Basualdo— donde el dolor no sólo se estatifica en los seres humanos, sino que abarca las habitaciones, como «sombras y espectros» de la casa hasta para «despertar a los muertos».

Era tan enorme
tan grande el silencio
de aquella casona
de sombras y espectros
que fuera otro tiempo
triste monasterio
para monjes santos
y abates austeros,
que a las campanadas
del reloj del pueblo
vieron los aldeanos
despertar a los muertos.

«Para juzgar la *Salutación a la primavera*, de Rubén Darío (nieto) —escribe *La Prensa* de Buenos Aires— es menester apartarse por completo de las comparaciones que lógicamente provocan su nombre y apellido». Un año después de publicado su segundo libro, Juana de Ibarbourou, la famosa poeta uruguaya —Juana de América— le dedica uno de sus poemas al joven Rubén Darío Basualdo, saludándolo «como buen Darío, cincelador de nuestro idioma». Dice así:

A Rubén Darío (Nieto)

Salutación a ti, doncel tan joven
como la prima luz de cada día;
Salutación a ti que vas de caza
con arreos y halcón de cetrería,
como tu padre va, y fue tu abuelo,
por la pradera azul de la poesía.
Salutación a ti, de voz sonora,
pecho sensible y entusiasmo cálido;
salutación a ti, joven Darío,
de simpatía viva, rostro pálido,
y que estás como el grande chorotega,
en el umbral del verso, altivo y ávido.
Salutación a ti en tu primavera,
en la que eres, como buen Darío,
cincelador de nuestro idioma, válido.

(Juana de Ibarbourou,
Montevideo, abril, 1947).

Por su parte, Enrique de Gandia, escribe en el prólogo del libro: «Rubén Darío, nieto, ha sabido hallar en la poesía la verdad porque es la verdad lo que fluye de su corazón. No hay en este libro, como en ninguna de sus otras composiciones, una sombra

de simulación. No se simula el amor a los infinitos matices que él sabe descubrir en la naturaleza»⁹.

Publica *Tránsito del recuerdo*, en Buenos Aires, Argentina, en 1954. Cinco años después, publica *Ventana al infinito*, editado en México en 1959 con el seudónimo de Pedro de Horta. Luego, aparecen *Los detractores de Rubén Darío*, *Rubén Darío y los mercaderes del templo*, *Tres mujeres en la vida de Rubén Darío* (Buenos Aires, 1966) y *Los conquistadores* (Costa Rica, 1967).

De este último libro, destacaremos tres poemas en el cual, a la manera de su abuelo, pues recoge sus palabras en sus versos, en sonetos con rima asonante y versificación polimétrica, le canta al cacique Diriangén, «astuto y valiente», al propio Rubén Darío y a su amada Nicaragua y al continente americano. Son versos sencillos que reflejan lecturas de los libros del abuelo mágico y el interés por la patria del poeta modernista, a través de *Los Conquistadores*, título que escogió.

Diriangén

...No iban a América los conquistadores a civilizar, sino a ganar tierras y oro; y a la América Central le tocó la peor parte, entre aventureros de espada y frailes terribles... (Rubén Darío, El viaje a Nicaragua).

Diriangén, el Cacique, era astuto y valiente. Nicarao, el filósofo, era un rey sin igual: conocía las leyes del hombre y de los astros y cantaba, en su lengua, al amor y a la paz.

⁹ *Ibidem*, p9.

Pero un día llegaron los blancos con sus barbas,
con sus briosos corceles, con la espada y la cruz...
Profanaron los templos de los dioses telúricos
y mancharon, con sangre, el Cocibolca azul.

Entonces Gil González venció al cacique indígena
y se llevó su oro y sus hombres con él.
Nicarao fue pacífico, se sometió al intruso.

Nicarao fue prudente: tragó acíbar y hiel...
Y así murió el Cacique nimbado por la gloria...
(¡Y esto pasó en las tierras donde nació Rubén!)

Nicaragua

... Preguntó asimismo si moría el santo padre de Roma, vicario de Cristo, Dios de cristianos; y cómo Jesús, siendo Dios, es hombre, y su madre, virgen pariendo; y si el emperador y rey de Castilla, de quien tantas proezas, virtudes y poderío contaba, era mortal; y para qué tan pocos hombres querían tanto oro como buscaban. Gil González y todos los suyos estuvieron atentos y maravillados oyendo tales preguntas y palabras a un hombre medio desnudo, bárbaro y sin letras, y ciertamente fue un admirable razonamiento el de Nicaragua, y nunca indio, a lo que alcanzo, habló tan bien a nuestros españoles. (Francisco López de Gomara).

Nicaragua fue un indio, pero un indio magnífico.
Ningún hombre en América habló así al español...
¿Para qué quiere el oro el que a la cruz ensalza?
¿Para qué quiere el oro el que predica Amor?

El trágico destino de esta América nuestra
se trazó con la espada del que vino hasta aquí
a través del Atlántico, cual moderno argonauta,
en pos de un vellocino de oro, plata y añil.

Nicaragua sucumbe, fatal, ante los dioses.
(Igual mueren las razas: como mueren los
hombres...).

Era exacta la hora en que la noche empieza.

Y así, como una sombra, desventurada y sola,
se perdió en una página cualquiera de la Historia
el indio Nicaragua, con su genial cabeza.

Nuestra América

Aún la joven América es la indígena pobre:
la presa codiciada por el conquistador...
Han pasado los siglos por el Hombre y la Tierra,
pero aún crece en América el Hambre y el Dolor.

Y la crasa ignorancia de un pueblo macilento
que arrastra, como estigma, su torva desnudez...
Esta América Hispana es una inmensa hoguera
que amenaza, fatídica y terrible, con arder.

¡Qué extraño nos parece nuestro Rubén Darío
cuando dice que piensa y vive en español!
Él, el hijo de América, el nieto de la Hispania,

el sacerdote laico que oficia al Padre Sol...
(¡El mágico hechicero, Chilam Balam o Brujo,
que transformó a su América en eterna canción!).

Por su parte, Martha Eloísa Darío Lacayo, hija de Rubén Darío Basualdo y Martha Lacayo Rosales, —nacida en Nicaragua el 01 de marzo de 1956 y casada con el químico argentino Rubén Héctor Carreli con quien procreó a Natalia Paula, Ramiro Nicolás, Valeria Elena, Romina Cecilia— publicó en Argentina en 1997 el libro *Paisajes interiores*, en el cual, además de cantarle a los tres Darío, canta a sus orígenes, sus ancestros, su amor a la familia y su descendencia.

En el poema a su madre emplea la antítesis para decirnos qué es la vida: fluir y permanecer, evaporarse y retornar, morir y nacer.

A Martha Lacayo Rosales

La vida es el río que permanece
a la vez que fluye.
Es la esencia que se evapora
a la vez que retorna.
Es morir y nacer
a cada instante.

Hay en su poesía una búsqueda permanente, igual que su bisabuelo, de perseguir una forma que no encuentra su estilo poético. El poema *Mi estilo* aborda el acto de creación del poema, que nace sin artificios ni técnicas literarias, pues «simplemente escribo». El poema es una especie de arte poética a través del cual nos detalla el tiempo, el lugar, el modo y la forma de nacimiento del poema. El acto de la creación se consume con el ser y el estar de su personalidad.

Mi estilo

Solo un trozo de mi vida
intenta expresarse
y se desliza
suavemente
entre palabras
para completarse

Si me preguntas sobre mi estilo
te diré que, simplemente, escribo;
que brota muy dentro de mí...
A veces voy por las calles
y sencillamente
me detengo a escribir.
Tal vez sea un pájaro, un niño, un árbol
lo que me hace detener.
Entonces dibujo mis palabras
con lápiz sobre cualquier papel.
Y así, mientras escribo,
voy creando,
y cuando creo, siento que estoy
expresando
mis deseos de ser,
de ponerle alas a la realidad,
de ordenar con letras y palabras
mis vivencias y mi sentir.

Si me preguntas sobre mi estilo
te responderé otra vez:
¡Yo, simplemente escribo!

En otro poema titulado *Mujer de Limay* resulta interesante no sólo la evocación de la mujer nicaragüense, sino la ponderación que hace de la mujer aborígen nicaragüense. En el poema expresa la dureza de la mujer de esa zona de Nicaragua, mujer trabajadora, artista, bella, sufrida, «sin vida ni

sombras» que no siente el dolor de su propia vida. Es un poema dolido, de mujer a mujer, que trata de mostrar la fortaleza y la ternura de la mujer nicaragüense, donde a la dureza de la piedra le opone la esencia del agua, puesto que una gota de agua diaria es capaz de abrir un orificio en la piedra. Leamos:

Mujer de Limay...

Mujer de piedra,
nada te transforma,
posas en cuclillas
desnuda de blanco.

Mujer de Limay...

Sin mirada ni rostro,
inspiración tallada
por manos artistas.
Mujer de piedra,
no sientes ni piensas,
te quedas inmóvil
sin vida ni sombras.

Mujer de Limay...
eres de piedra
madurada por el agua...

La temática ancestral y el arte poético de sus creaciones, se manifiestan con mayor claridad en el poema *Encuentros*, dedicado a su amiga Susana Cauzillo Usandizaga en el cual va detallando esos encuentros y vivencias del arte, donde se funden la escritura y diversas disciplinas artísticas: la pintura, la escultura, la música, el teatro y la poesía. La temática del poema tiene grandes similitudes, tanto

con el poema *Mi estilo*, como con *Mujer de Limay*, a tal punto que, *Encuentros* funciona como una especie de resumen de ambos poemas mencionados. Leamos:

Encuentros

A Susana Cauzillo Usandizaga
y a los integrantes del Taller
«ENCUENTROS»

El aroma del café se funde
entre el aliento de la tinta con que escribo,
curiosas y visibles se muestran mis palabras
que se estiran como ramas con miradas libres.

La pluma con asombro escribe
nuevos tintes sobre el papel virgen
que permanece delante de mí inamovible.

Late el pulso de mis dedos pacientes
sosteniendo las palabras
que fluyen como en vuelo de gaviotas.

El arte se funde como la lluvia en el barro
y el lodo es una música ancestral
que despierta en mí su melodía
en este nuevo aprendizaje.

“ENCUENTROS” de vivencias el Arte:
el Teatro espeja la vida;
en Poesía la luna interna se refleja;
la retina recoge los paisajes de esa foto;
la Escultura se modela en bordes de arcilla;
la Pintura plasma su rostro de Arco Iris;
la Música danza en mi mente
y tu calidez es brisa, amiga Susana.

En el poema dedicado a su amiga, arqueóloga, Hilda Josefina Capitano, Martha Eloísa se muestra autobiográfica y reflexiva, su pensamiento es hondo, y se transfigura en cierto sentir poético y filosófico, donde camino y vuelo son dos momentos de una misma búsqueda: alcanzar la plenitud de la vida y del ser. Obsérvese cómo el poema se manifiesta in crescendo:

A Hilda Josefina Capitano

vida...
tus manos albergan mis pasos.
vida...
tus pasos albergan mi vuelo.

Y volarás a la cima,
y alcanzarás llegar a las estrellas.

El vuelo del pájaro es entrega;
la mano del hombre
junto al pájaro vuela.

En el poema titulado *Sé* continúa con una mirada retrospectiva y reflexiva sobre su vida y su ser. En algún modo se vuelve autocrítica de sus propias actitudes frente a la vida. En el poema se presenta una especie de autoexamen, una autovaloración de sus virtudes y defectos. Y cierra su visión con un precepto psicológico y poético de la mujer que sabe lo que busca:

Sé

Que soy arquitecta e ingeniera de mi vida
que puedo construir un mundo consecuente
que puedo poblar mi ser de sabiduría infinita
y colmar mi copa con el amor de cada día
sé
que puedo conmoverme ante mis semejantes
y asombrarme y llorar inconsolablemente,
que puedo transitar por valles de tierras y de sueños
y aunque me sienta libre o atada
levantar mis ojos a los cielos
buscando la luz
que se tiende profusa a mi mirada
sé
que, a veces, me encierro en una jaula, fría y oscura,
que mis alas frágiles del deseo
se pliegan o ansían desplegarse...
que admiro lo profundo y lo bello,
que valoro, más que al oro, lo invisible a los ojos
y que una fuerza divina me impulsa a continuar...
sé
que hay en mí un ser real y otro aparente
que soy esencia
que me evaporo y retorno
sé
que soy única e irrepetible,
criatura entre tantas criaturas,
humana, y como humana
me equivoco
que soy materia imperfecta,
pero que cada día tengo una nueva
oportunidad de vivir y crecer
sé
que soy la ingeniera y arquitecta de mi vida...

Siguiendo la línea autobiográfica anterior, en el poema *Mi yo en el tiempo*, formado por estrofas y

versos irregulares y libres, se juntan los colores y los días como símbolos del desarrollo y la evolución de la personalidad de su ser mujer y poeta. Y su deseo de evolucionar como persona se expresa en el primer verso: «Cada día es una nueva oportunidad para crecer».

Mi yo en el tiempo

Cada día es una nueva oportunidad para crecer
En el rojo la pasión se enciende, con el verde
llega la esperanza;

el amarillo me aclara el pensamiento y el
atardecer oculta mis deseos.

La noche se viste de negro, está de luto el
tiempo,

apenas brillan las estrellas, allá lejos, por cierto.

El marrón del tiempo aparece en el suelo recién
arado;

al nacer la mañana brotan semillas de trigo
dorado.

Otra vez aparece el día, un nuevo crepúsculo
anuncia.

El tiempo ya se adormece, del sueño despierto
yo.

Lentamente se pierden las horas como las
estrellas en el firmamento

y mientras me miro en el espejo mi yo cambia
en el tiempo.

Se va transformando mi cuerpo y al igual que
mi mente,

mi rostro se opaca y enciende, mientras mi yo
se siente renacer.

En el poema *Yo soy la tierra* expresa su amor a la naturaleza, tal y como lo proclamara Salomón de la

Selva en *Descanso de una marcha*: «La tierra dice: ¡No me odies! / Mira soy tu madre». En el poema, Martha Eloísa, asume el papel de sujeto protagonista: «Yo soy la tierra, / y si me cuidas y me tratas bien / yo tu amor he de sentir».

Dice Héctor Roberto Paruzzo¹⁰ que Martha Eloísa ha convertido el poema en una canción, confirmando de este modo que la poeta Darío Lacayo, igual que su bisabuelo, supo combinar poesía y música, como discursos esenciales de sus expresiones literarias:

Yo soy la tierra (Canción)

Yo soy la tierra,
y si me cuidas y me tratas bien,
yo tu amor he de sentir;
y este árbol que echa sus raíces sobre mí
también sentirá tu amor...
Todos nos beneficiaremos,
vos, él y yo...

Yo soy la tierra.
Corre el agua de los ríos hacia el mar,
siento sobre mí el inmenso azul del cielo,
y el eco de un volcán.
Yo soy la tierra.
Me abrigan los campos de dorado trigo,
y me habitan los seres vivos, la vegetación.

Yo soy la tierra.
Cambian ya las estaciones en el tiempo,
se resguardan animales en los bosques
cuando nos calienta el sol.

¹⁰ Véase <http://mk-mk-facebook.com/topic>

Yo soy la tierra,
y si me cuidas y me tratas bien,
yo tu amor he de sentir,
y, al compás del viento, el ave que vuela
también sentirá tu amor.

Todos nos beneficiaremos,
vos, él y yo...
Yo soy la tierra,
yo soy la tierra,
yo soy la tierra...

Entre su poesía no podía faltar aquella derivada de la influencia del fundador del modernismo, su bisabuelo, Rubén Darío, *El Príncipe de las Letras Castellanas*, como suelen llamarle dentro de los cánones literarios. El poema de una sola estrofa y versificación libre, aborda la separación del amor a través de un silencio azul. ¿Y cómo es ese silencio azul? ¿Y por qué es azul y no negro y fúnebre?

En realidad, el poema trata de manifestar que el mar servía de punto de unión entre el yo lírico y el amado. Y al terminarse el amor, sigue existiendo el mar con su espuma y su sal, pero sin amor es inexistente, por lo que el mar es una especie de sepulcro, solitario, azul de inmensidad, callado, vacío, un silencio azul que ya nada canta, nada clama ni proclama, pues se acabó el amor que le daba valor a las cosas.

En el fondo este poema guarda cierta semejanza con la rima becqueriana, pues nos trae el recuerdo de las golondrinas de Gustavo Adolfo Bécquer que expone en su poema LIII: «Volverán las oscuras golondrinas / en tu balcón sus nidos a colgar, / y otra vez con el ala a sus cristales / jugando llamarán...» Martha Eloísa lo expone así: «El mar que ayer nos unía / hoy nos separa / en un silencio

azul. / Las olas sólo siguen su curso, / la espuma sigue siendo agua y sal. / ¿Pero continúa / intacto el amor?».

Silencio azul

El amor como el agua
sólo cambia de estado.
Ayer nos unía el mar,
hoy nos separa
un silencio azul.
Es tan grande el contraste
entre el agua y la sal,
que en la espuma
se deshace tu presencia.
El mar que ayer nos unía
hoy nos separa
en un silencio azul.
Las olas sólo siguen su curso,
la espuma sigue siendo agua y sal.
¿Pero continúa
intacto el amor...?

Tampoco falta el poema de agradecimiento a la ciudad de Rosario que le dio albergue desde su partida de Nicaragua después del terremoto de Managua en 1972. Martha Eloísa se muestra agradecida con el país Argentina, pues fue la segunda patria de sus bisabuelos, así mismo, ella ha vivido hermosos momentos en este país, especialmente en la ciudad de Rosario, porque «aunque soy extraña pues no soy de acá / debo decirte que muestras encantos / incomparables a los de otro lugar». El poema describe las bellezas naturales de la ciudad: su nombre, las costas, las islas, el río, el verde, el sol, la tranquilidad para vivir.

Rosario

(Fragmento)

Rosario...

¡Qué hermoso nombre tienes!
Besa las costas de tu ciudad
el ancho río del Paraná;
con sus islas vestidas de verde
y sus camalotes que danzan
al compás de las aguas
que vienen del norte
y hacia abajo van...

Rosario...

Aunque soy extraña pues no soy de acá,
debo decirte que muestras encantos
incomparables a los de otro lugar.
¡Oh tú, que lo tienes todo:
río, verde, aire, sol, tranquilidad
y ése tu nombre, Rosario,
el de una gran ciudad!

Entre sus cantos, el canto a la estirpe Darío, que le ofreció su sangre de poeta. Martha Eloísa Darío Lacayo, se interroga: «¿Heredé tu sangre / de poeta en mis versos?» La sangre literaria de Darío, no sólo se regó por las venas de sus descendientes, sino por la de muchos nicaragüenses que se sienten, viven y sueñan ser poeta como una tradición heredada por el padre del modernismo. Nótese el cariño con que la poeta se dirige a cada uno de sus antecesores, aunque quizás, el bisabuelo, por su trascendencia literaria, sea el más consentido de todos.

A Rubén Darío I

¡Rubén Darío, te admiro!
Poeta de los poetas,
padre de los cisnes
y alma de los versos...

¿Heredé tu sangre
de poeta en mis versos?

Cual jinete solitario
has andado por los montes,
las cavernas y los bosques,
y en la arena del desierto
y en la selva misionera;
te has mezclado todo entero
con la tierra de Neruda.

Eres padre de los cisnes,
Poeta de los poetas,
sangre azul de príncipes
y alma de los versos.
Eres sabio entre los sabios
y eres agua entre las aguas;
eres fuente de vida
y eres padre de mi sangre,
digno de mi tierra,
¡y poeta de mil patrias!

A Rubén Darío II

*A la memoria de mi abuelo
Rubén Darío y Contreras*

Ahora comprendo, abuelo,
tus silencios, tus tristezas,
y tantos desencuentros;

tu dolor de niño
cuando perdiste a tu madre.

También a tu padre, el poeta,
que sólo viste un instante
y por el mundo la sombra de sus pasos
persistente seguiste, Darío Errante.

Transitaste caminos
como alondra o ruiseñor,
buscando en el horizonte
hasta que encontraste el amor,
Wakonda, tu Eloísa...
fuente de tu inspiración
y que te dedicara la vida,
como poesía y canción,
con un beso, una caricia, una flor.

Dios bendiga tu memoria
y la de tu antecesor,
así como la de mi padre,
que allá en Nicaragua,
entre lagos y volcanes,
redescubre al poeta.

¡Oh, abuelo mío, tú me has sido
fuente de inspiración!
El destino me marcó un rumbo
y aquí estoy yo,
en una de tus patrias,
que mías también son;
la que fue la de mi padre
allá lejos, y un día
fue también la patria de Rubén.
Esta gran Argentina,
la del auge en América
igual que en el ayer
y patria hoy de mi querer.

A Rubén Darío III

*A la memoria de mi padre
Rubén Darío y Basualdo*

«Brumas y Luces», sus pensamientos.
«Los Conquistadores», en la vida
van midiendo la huella de su paso.
«Tránsito del Recuerdo»,
la tierra del río color plata.
«Salutación a la Primavera»,
tus sueños se ensanchan.

Entre lagos y volcanes
las raíces anudaron la fuga del pie
y la muerte le tendió su lazo
apagando la llama de sus sueños,
allá, donde ruge el Momotombo.

Mas, un lirio blanco
coronó
sus anhelos.
«Ventana al Infinito»,
tu ser desplegó alas
hacia los eternos Arquetipos.

No quiero terminar este trabajo sin hojear la prosa poética de Martha Eloísa, en la cual reflexiona sobre las intimidades humanas, sus inquietudes personales sobre los paisajes externos e internos de la naturaleza y los seres humanos, que al fin de cuentas es lo mismo. Ella dice que «Los hombres somos de tierra: sustentamos en nuestras manos el dolor del barro». Luego, expone las afinidades que encuentra entre los seres humanos, los peces y las aves, los árboles y el mar, el viento y su verdad. Leamos el texto *Mis paisajes interiores*, título que le dio nombre al libro.

Mis paisajes interiores

Los hombres somos de tierra: sustentamos en nuestras manos el dolor del barro. Tantas veces los seres humanos quisiéramos ser peces o pájaros, bucear en las profundidades del mar e ir develando los misterios que el mundo marino encierra... De igual manera quisiéramos internarnos en nuestro yo profundo, e ir buscando las respuestas a nuestras preguntas. Allí, el fondo marino es oscuro, aunque en ciertos sectores se filtran los rayos solares, a veces débiles, a veces fuertes, y la claridad pinta los colores de los peces, de los bancos de corales y de algas marinas... ¡El fondo marino es un total misterio...!

A veces los hombres quisiéramos ser aves, pájaros, para volar alto... Quisiéramos desplegar nuestras alas al viento, esas alas livianas cubierta de plumas, suaves, tibias, frágiles. Ansiamos el vuelo espiritual que nos acerque al cielo infinito. No importa si, en ese espacio sin fin, es de noche o de día, hay pájaros que vuelan de noche y ansían acercarse a las estrellas que titilan en el firmamento...

Hay pájaros que vuelan de día y se posan en los árboles, descienden a tierra firme y perciben los colores, el aroma de las flores, sus formas, tamaños, ¡texturas! ¡Tantas veces somos pájaros, pájaros de plumas, de espuma, pájaros humanos! ¡Tantas veces quisiéramos ser libres sobre el ancho mar bajo el cielo inmenso! ¡Tantas veces quisiéramos ser árboles e ir despertando nuestra conciencia por la vida!

¡El árbol, fruto de fecundidad inagotable! El árbol, que emerge desde la tierra profunda, es primero una semilla ingenua, muy pequeña, que germina cobrando fuerzas y nos muestra entonces la resurrección de la naturaleza, porque no le importan

las tormentas o el viento fuerte que la azota; ella sigue allí firme, hasta desarrollar un tronco sólido, vertical, creciendo en altura y en profundidad.

Los hombres ansiamos el orden de nuestro yo, un yo que tantas veces desvía su cauce, como los ríos, pero que también se detiene cuando cobra conciencia, y entonces continúa buscando el lejano horizonte. Los árboles pierden sus hojas y las recobran: dan frutos. Su savia bienhechora les da la fuerza necesaria para que puedan seguir extendiendo sus ramas en dirección al cielo, buscando lo trascendente.

Otra vez hay un milagro: la semilla cae al corazón de la tierra y el ciclo de la vida se repite. Dios es sabiduría y verdad. Cuando tengas dudas detente ante el mar, ante el viento, ante los árboles y... ante ti mismo. ¡Tanta sabiduría, tanta verdad! ¡Nosotros, los hombres, somos de tierra...! ¡Ansiamos también crecer en altura y en profundidad!

Telica, 24 de noviembre de 2010.